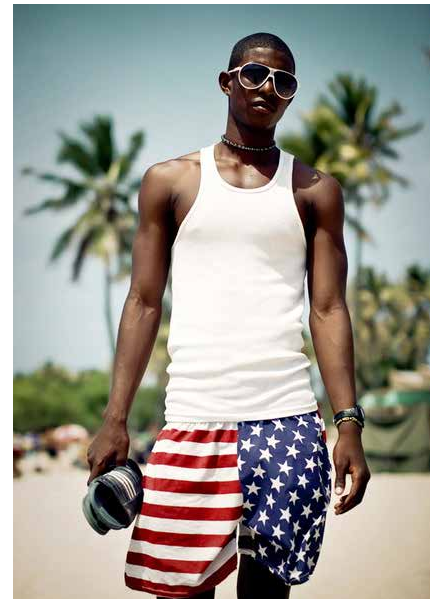


viaje



LA HABANA, AHORA O NUNCA

Hay que visitar Cuba ya, antes de que se convierta en algo totalmente diferente. Propaganda, sol, alegría y cultura se mezclan en el día a día de unos ideales que luchan por encontrar su sitio.

por **Jano Remesal**

Para entender por qué a La Floridita, Coppelia o la plaza de la Catedral se les paró el reloj hace décadas hay que remontarse al Año Nuevo de 1959. Ese día una tropa de milicianos dirigidos por un barbudo llamado Fidel Castro entran en La Habana. Muchos terratenientes huyen dejando sus mansiones a cargo de los criados: “No te olvides de regar las plantas. En un par de meses, cuando los rebeldes se hayan dado por vencidos, volveremos”.

Aquellos sirvientes son hoy algo parecido a hosteleros. Llevan más de medio siglo regando las plantas de aquellas habaneras casonas neocoloniales hoy convertidas en “paladares”, una suerte de restaurantes clandestinos de trato más que familiar donde degustar camarones a precio de bocadillo y el ron más dulce del mundo. Entramos en un país en el que es difícil encontrar una cerveza que no sea Bucanero y donde la soda Tukola hace olvidar a la Pepsi. La Habana no se parece a ningún otro sitio.

Nada incluido

La Bodeguita del Medio invita a pedir “otra ronda, por favor”. Cuando parece que todos los pueblos del mundo quieren presumir de que el mítico Ernest Hemingway se emborrachó en alguna de sus tascas, hay que reivindicar su legado más auténtico. “Mi mojito en La Bodeguita y mi daiquiri en La Floridita”, dejó escrito el canoso reportero. En ambos garitos, en cualquier momento aparece un grupo de salsa digno de premio Grammy, y uno se da cuenta de que hay

viaje

Tomar un daiquiri o un mojito de-leitarse con un paraiso natural de hermosas playas como Cayo Guillermo o contemplar la catedral de San Cristobal, son algunas de las cosas que puede hacer en La Habana y alrededores.

músicas nacidas para ser escuchadas en un lugar concreto. Apetece también una piña colada, para que la foto con la estatua de Hemingway quede más original. Siguiendo con los espirituosos, guantanamera y ron a granel en el Malecón como plan para el atardecer. En una ciudad en la que nadie parece tener nada que hacer, sus 7 kilómetros de paseo marítimo son el epicentro del boca a oído. Vendedores ambulantes facilitan un licor azucarado vendido en botella retornable (beber sin miedo, sus 40 grados de alcohol matan toda sospecha) y trovadores retienen al turista con ritmos archifamosos. Entrada la noche, bailete en el Tropi-

cana. Casi cada ciudad occidental tiene una discoteca con ese nombre, pero sólo ésta es la original. Resuelto el tema de la bebida, a comer. Por ejemplo langosta con vista en el hotel Ambos Mundos. Se rumorea que García Lorca durmió aquí, y la panorámica desde su terraza compensa el obligatorio regateo con el camarero para que no nos traiga lo que le dé la gana. Su carta solo es comparable con los entrañables mesones del barrio de Miramar, como El Palió, una magnífica oportunidad para charlar con los lugareños. Conviene informarse antes de ir a cualquier sitio consultado en Trip Advisor o similares, La Habana está en proce-



Aquí sí hay playa

La gran decepción del turista precavido al preguntar por La Habana en una agencia de viajes es descubrir que la capital no tiene playas dignas de ese nombre. Se suele solucionar con una extensión a Varadero, pero eso sería romper el encanto. Las playas del Este son la vía de escape perfecta para el asfixiante calor habanero. A menos de una hora está Mi Cayito, dunas y arena blanca que azulan la olas. Algo más lejos, por lo que conviene hacer noche, Guanabo, también de tamaño considerable pero con mejor oferta gastronómica y menos turistas. Para *snorklear* o bucear con oxígeno si toca irse lejos: María la Gorda, en la provincia de Pinar del Río, o los vecinos Cayo Coco y Cayo Guillermo, por ejemplo.



so de transición y donde antes había digo hoy puede haber Diego. Para el postre, posiblemente el helado más famoso del mundo: el de Coppelia. Situada en el imprescindible barrio de El Vedado, no hay película ambientada en La Habana en la que no aparezcan sus cremosas copas triples. Hay sabores tropicales como el mango o la guayaba, pero varias escenas de *Presa y chocolate* nos dan una pista de cuál es su especialidad. Por las colas lo encontrarás.

Alimentado el cuerpo, a por el espíritu. Como casi todos los palacetes habaneros que reflejan ostentación prerrevolucionaria, la Residencia de los Condes de Jaruco también ha sido convertida en cosa pública. En este caso da cobijo al Museo de Arte Colonial. Acostumbrados a ver la historia latinoamericana desde este lado del charco, merece la pena ver cómo la narran los colonizados. Muy cerca, un capitolio que imita al de Washington (o viceversa) y una catedral que imita a la de Cádiz (*idem*). Los puestos de su plaza adyacente son perfectos para hacerse con un *Gramma*, el diario oficial y prácticamente único que se puede encontrar por estos lares. El otro *souvenir* obligado se encuentra de calidad en la más que bonita fábrica de Tabacos Partagás.

Su *tour* demuestra que siguen liando puros de forma artesanal. Uno de esos amarillos taxis-huevo a pedales es la mejor forma de llegar al castillo de la Real Fuerza y las murallas, adustos cañones incluidos. O para ir a pasar la mañana al museo de Bellas Artes. Pero para bellos, los edificios neoclásicos, incluso *art déco* (especial mención al hotel Inglaterra), que pueblan la zona centro. La Universidad de La Habana, las miles de estatuas de la necrópolis de Cristóbal Colón y el Gran Teatro, coronado por una efigie muy similar a la del edificio Metrópolis de Gran Vía, también aparecen en la *Lonely Planet*. En mitad del paso conviene aprovechar para guardar en la retina esos Cadillac americanos de los 50 y esos Lada rusos de fecha similar. Uno nunca sabe cuánta vida les queda.

El placer de mezclarse

Perdón por el topicazo, pero lo mejor de La Habana es su gente. Con sueldos oficiales que rondan los 25 euros al mes, la gente tiene que inventar, "maquinear", como ellos dicen. Buscar el dinero o el regalo del turista es a menudo la única forma de hacerse con artículos higiénicos de primera necesidad, o de optar a un buen pedazo de carne en Variedades Obispo. Las grietas en las paredes son parte del paisaje urbano de la ciudad que no obs-

Propaganda integrada

Aquí la publicidad está como mínimo mal vista, los espados más destacados son ocupados por mensajes propagandísticos: *Alegres en la batalla. Todo tiempo futuro tiene que ser mejor...* Imágenes de Camilo Cienfuegos y

Ernesto Guevara, ídolos del 59, salpican carteles y también camisetas. *Seguimos construyendo nuestros sueños*, reza un cartelón junto a la plaza de la Revolución, escenario predilecto de las macromanifestaciones del

Régimen y foto obligada bajo el enorme busto del Che. Llama la atención que ni siquiera se re-nueven, hay un lema aludiendo a los 40 años del triunfo de la Revolución junto a otro que habla de los 25, y más allá otro celebra el 48 aniversario.

“
”

En una ciudad en la que nadie parece tener nada que hacer, sus 7 kilómetros de paseo marítimo son el epicentro del boca a oído. Está en proceso de transición y donde antes había digo hoy puede haber Diego



tante irradia felicidad. Todas las fotos sacadas en Cuba son buenas, no por el encuadre, sino por las historias propias que cuenta cada una. Una peluquería improvisada, colegiales perfectamente uniformados a la hora del recreo o decenas de ociosos que se congregan cada mediodía en la "esquina caliente" para hablar de béisbol, pero que si les tiras de la lengua acaban opinando sobre política. Ésa es La Habana que hay que buscar. *La moral de la revolución está más alta que las estrellas*, firma el propio Fidel Castro en una tapia desconchada frente al Museo de la Revolución. Tras la tapia, un anciano recorta neumáticos antiguos para crear pastillas de freno. Da una calada a su puro habano y confiesa ser ingeniero de Caminos. Ofrece un Cohiba a precio de estraperlo, y preguntado por eso de la moral, sonríe. ♦